

La Dimensión del Sujeto en las Instituciones Universitarias

Desafíos Instituyentes Futuros

Lucía Garay¹

Reflexiones con Propósitos

Debo reconocer, que esta convocatoria a exponer en un escenario de académicos mexicanos, que han emprendido el desafío de encarar un proyecto de autoanálisis de la Universidad Mexicana en prospectiva al 2030, me sorprendió bastante por un par de cuestiones que se dejan entrever y que coincidirían, si mi interpretación es acertada, con supuestos de mi praxis como analista institucional del campo de la educación y sus instituciones.

Primera sorpresa: emprender un análisis en función de futuro y no del pasado. ¿Es esto posible? Pienso, y he verificado en la investigación y en las experiencias vividas, que los sujetos, en nuestra condición humana, no somos, necesariamente, prisioneros de nuestro pasado; a menos que lo seamos del poder de quienes nos engrillan a filiaciones identitarias históricas para imponer su dominación. Coincido con Zygmunt Bauman² cuando dice que la historia humana no está predeterminada por sus etapas anteriores. El hecho de que algo haya sucedido, incluso por mucho tiempo, no es prueba de que seguirá sucediendo. Cada momento de la historia es una intersección de caminos que llevan hacia varios futuros.

Hoy para los sujetos, y ya no me atrevo a decir para la sociedad, estar en el mundo que les toca vivir, es estar en la encrucijada de tomar un camino entre los muchos que se presentan. El futuro difiere del pasado, precisamente, por dejar un amplio espacio para las acciones y elecciones futuras. Sin elección no hay futuro; por esta razón el futuro siempre es abierto, incierto. La existencia de la elección no indica, desde luego, que no haya restricciones que la coaccionen. De hecho, las elecciones siempre se hacen dentro de los límites de lo que se considera posible; y este marco de posibilidades no está determinado sólo por la historia, sino por las fuerzas del presente y su potencial de proyectarse al futuro.

Eric Hobsbawm,³ en una entrevista sobre el siglo XXI y desde la mirada de un historiador lúcido y curioso del siglo XX, nos dice “Todo el mundo prevé, o trata de prever, el futuro. Interrogarse sobre el mañana forma parte de la vida; todos lo intentamos hasta donde es posible. Pero el proceso de previsión del futuro debe basarse necesariamente en el conocimiento del pasado. Lo que vaya a ocurrir tendrá forzosamente alguna relación con lo que ya ha ocurrido. Así pues, dentro de ciertos límites nosotros debemos hacer un esfuerzo de predicción, pero sin olvidar nunca el peligro que se corre de convertir esa previsión en caricatura. Es decir, debemos ser conscientes de que gran parte del futuro es, por principio, o para fines prácticos, totalmente imprevisible; también creo, que las cosas totalmente imprevisibles suelen ser acontecimientos únicos, específicos, y el problema real del análisis histórico es comprender el alcance y la importancia que pueden llegar a tener esos acontecimientos concretos que algunas veces pueden llegar a ser importantes y otras veces no”

¹ Lucía Graciela Garay Zubizarreta, es Profesora Consulta de la Universidad Nacional de Córdoba. Argentina

² Bauman, Z. *Libertad*. Alianza Editorial. Madrid. 1988

³ Hobsbawm, E. *Entrevista Sobre el Siglo XXI*. (Pág. 14) Editorial Crítica. Barcelona. 2000.

En consecuencia, ¿en qué medida es relevante el trabajo de investigar y pensar las instituciones educativas del futuro y, entre ellas, la universidad pública, habida cuenta que las generaciones que poblarán sus claustros y sus aulas tendrán un presente que nos es muy difícil predecir desde nuestra natural autorreferencia actual, y hasta de nuestros esfuerzos por moldearlo? Seguramente, no podemos ofrecer certezas; pero sí conocimientos que informen acerca de las tendencias sociales e institucionales ya evidentes en el presente. Analizar los problemas tal y como se nos presentan hoy y ver de establecer alguna probabilidades. Desde mi singular mirada e interés profesional, las tendencias referidas a la “dimensión del sujeto en las instituciones del campo de la educación”.

Es posible, también, elucidar las consecuencias y conexiones de nuestras prácticas individuales e institucionales, que, dada nuestra manera de reconocerlas y significarlas a partir de nuestra posición individual-subjetiva, permanecen no visibles pero activas en los procesos institucionales y sociales. Podemos informarnos sobre alternativas y opciones; podemos, quizás lo más importante, someter a crítica los conceptos y modelos con los cuales se analiza la universidad, especialmente los modelos tecnológicos, organizacionales y políticos sostenidos en la finalidad del control y la gobernabilidad. Y, como corolario, generar nuevas herramientas heurísticas que no desplacen en su operatividad la posibilidad de abrir caminos de cambios y futuros más humanos y productivos; a la vez, más públicos, colectivos y justos.

La segunda cuestión que este proyecto de autoanálisis de la universidad me llama a reflexión es que el Análisis Institucional en el campo de la educación —porque de eso se trata al unir análisis con universidad como institución y desde sus mismas entrañas— incluye un propósito de intervención en el presente para desbrozar los caminos del futuro. En el campo de la educación, el Análisis Institucional es, en sí mismo, una práctica de intervención que hace foco en el Sujeto; sujeto individual, sujeto grupal, sujeto colectivo. No está demás recordar que las universidades nacieron como instituciones cuyos principios del fundamento fueron la formación de la juventud, la producción del conocimiento y la extensión a la sociedad de los saberes logrados; atravesados por una intención pedagógica que el “silencio de la Pedagogía” en sus claustros, parece haber enajenado.

Analizar es un hacer, una operación del pensamiento reflexivo; el cuerpo de sus saberes se produce a partir de la práctica de intervención; siendo esa misma práctica la que confirma o desecha las elaboraciones teóricas, y sus derivaciones técnicas, a partir de su capacidad heurística para iluminar los escenarios institucionales concretos. Praxis es comprendida aquí, reiteremos en instituciones educativas, como una modalidad del quehacer humano dirigida hacia otros; donde la acción es un “hacer con sentido” y “consentido por los otros”; donde son los significados los que dan direccionalidad a la acción. Sentido democrático y liberador, que busca la autonomía de los sujetos y las instituciones; o sus opuestos, elitismo, dominación, constreñir la libertad.

La vía es el conocimiento crítico; esto es un fundamento axiomático del Análisis Institucional en la educación. La única y fundamental herramienta del análisis e intervención institucional es el conocimiento como proceso y como producto. Restituir y promover el proceso de pensamiento en aquellos escenarios institucionales donde esté enajenado, inhibido o paralizado; sustituido, generalmente por el padecimiento. Quien ocupa la posición de investigar y analizar sólo puede intervenir conociendo y dando a conocer.

De este modo el análisis y la intervención en y sobre una institución educativa, no se tiene a sí mismo como fin. Apunta a cierta transformación de su objeto; es decir a “sujetos en las instituciones” en las

que viven, trabajan, estudian, se curan... Ni siquiera la institución es, en sí misma, el fin de una intervención. Sí lo es, de modo categórico, la vida humana, la conquista de la libertad para crear, para transformar y transformarse. Aunque, valga decirlo, ¡no siempre un proceso de intervención puede alcanzar estas metas! Quizás, sólo logremos remover aquellos imaginarios institucionales instituidos que impiden y clausuran el análisis como reflexión simbolizante y, por ende, el camino hacia la autonomía.

La tercera reflexión que me suscita esta convocatoria, y que me abre la puerta al tema principal de esta conferencia, se refiere a la presencia del sujeto y sus implicaciones en los procesos institucionales. Tomaré prestadas las palabras de Cornelius Castoriadis⁴ cuando dice: “No hace mucho, festejábamos la muerte del hombre y el des-ser del sujeto. Si hemos de dar crédito a las gacetillas más recientes, las informaciones eran exageradas. Verdadero resucitado, el sujeto estaría de nuevo entre nosotros. El sujeto no está de regreso porque nunca se había ido. Siempre ha estado aquí, ciertamente no como sustancia, sino como cuestión y como proyecto”.

Ambos discursos, los que anunciaron su borramiento como su retorno, son extremos y simplistas. Los discursos sobre la muerte del hombre y el fin de la historia y del sujeto que la producía —sustituidos por los sistemas, los estados, las instituciones y el imperio absoluto de sus lógicas determinantes— probablemente, no fueron otra cosa que una pseudo-racionalidad ideológica destinada a evadir la responsabilidad de los sujetos en posiciones de poder sobre las grandes tragedias humanas de la modernidad: la pobreza, la violencia, las guerras y sus sagas de destrucción y muerte física y simbólica.

De la misma manera, las ruidosas y dramáticas proclamaciones actuales sobre el retorno del sujeto —como el individualismo, su pasión consigo mismo y su voracidad por el consumo y el éxito— podrían enmascarar, culpándolo de sus propios fracasos, las fracturas y descomposición de los sistemas. Diseminar el miedo y la desconfianza al cambio; a buscar otras formas de libertad, que no sea la libertad para consumir.

Enmascara que la exaltación de la autonomía personal va acompañada de la indiferencia personal hacia las cosas públicas. Llevó a una reducción de la esfera pública, convertida en un mero ámbito donde se formulan demandas —marchas, piquetes, ocupaciones— y no como espacio para ejercer el derecho de analizar, pensar, proponer estrategias para administrar los asuntos vitales. El dispositivo más eficaz es la burocratización creciente de las instituciones públicas. Comienza con la conversión de una necesidad en un trámite en formatos precodificados y se va demorando al ritmo de “se cayó el sistema”. Todo un significativo de la crisis de nuestro tiempo. Pero he aquí algo penoso, los voceros del sistema, también, son sujetos.

En uno u otro de estos discursos contrapuestos, el círculo se cierra; a menos que sea posible encontrar pasadizos hacia otros ejercicios de la libertad: la producción, la cooperación, la acción colectiva. ¿En espacios nuevos? No lo creo, ya no quedan espacios por descubrir. Sugiero que volvamos a mirar las instituciones y, muy especialmente, las instituciones educativas – escuelas, universidades, culturales, familiares, locales, voluntarias – por su potencial formativo. Y en general las instituciones como las mediaciones reales entre el individuo y la sociedad. Como dice Mery Douglas⁵: “Nacemos en una maternidad y nos sepultan en una funeraria”.

⁴ Castoriadis, C. *Psicoanálisis. Proyecto y Elucidación*. (pág. 80) Editorial Nueva Visión. Bs.As. 1989

⁵ Douglas, M. *How Institutions Think*. Syracuse University Press. 1986

La ilusión que nos habíamos creado con los movimientos sociales para sustituirlas, parece evaporarse; precisamente, porque no logran instituirse en su capacidad organizativa y simbólica para estructurar las prácticas individuales en acción colectiva con continuidad. Los individuos para constituirse como sujetos, más allá de sus ámbitos privados y domésticos, necesitan de los otros, de relaciones y vínculos intersubjetivos, de lazos sociales que posibiliten la acción común. Pero no basta con ello; necesitan de un tercero que opere como sostén y garante de los acuerdos y lealtades que fundan la acción colectiva; y este tercero son las instituciones. No parece, en el presente ni en el futuro inmediato, que vayamos a generar formaciones sociales equivalentes a las instituciones; o quizás sí. Ante la incógnita y en el mientras tanto, podemos proponernos transformar, recrear las que tenemos. Para ello, el autoanálisis como reflexión simbolizante, es un dispositivo potente a nuestro alcance.

Indicadores del Malestar

La mayoría de nuestras categorías de descripción y análisis de la sociedad han sido trastocadas. También de las instituciones universitarias públicas, en particular los conceptos y las categorías anclados en el paradigma organizacional de los sistemas. Este enfoque está interpelado, no tanto por la investigación y el debate académico al interior de la comunidad universitaria, sino por el malestar y los conflictos y una amenaza de sucumbir a la descomposición que trae una crisis institucional.

Pero no todos los indicadores son vivenciales, los hay estructurales desde la propia perspectiva sistémica, para quien la complejidad, el tamaño inabarcable que alcanzan muchas universidades públicas en Latinoamérica, la diversidad de demandas que le requieren y la diferenciación en servicios cada vez más puntuales y específicos —de enseñanza, de investigación, de administración, de producción y transferencia, de gestión, de consultoría y evaluación, entre muchos otros— hacen estallar el propio paradigma en su eficacia heurística para explicar y anticipar procesos disruptivos.

Para quienes pertenecemos, por varias décadas, a una universidad pública como es la Universidad Nacional de Córdoba con tanta historia y acontecimientos memorables como fueron la Reforma Universitaria de 1918 o la participación en el Cordobazo, hoy nos es difícil reconocerle un centro como núcleo conjuntista identitario; tampoco una representación interna como conjunto y sí observamos a diario una profunda segmentación de servicios, funciones y espacios con una muy baja capacidad operativa.

También son inocultables prácticas, como los paros docentes, intermitentes durante los ciclos académicos pero sostenidos durante varios años —nunca descontados de los salarios por los sucesivos gobiernos universitarios— que no parecen guardar relación con mejoras salariales y laborales obtenidas en base a gestiones políticas coyunturales, y clientelares, con el gobierno nacional. Paros docentes que sólo afectan a las actividades académicas del grado; pero no a las actividades de postgrado, contratos y transferencias que están aranceladas y de las que los docentes obtienen hasta el 70%, en calidad de honorarios, de los ingresos percibidos.

Dentro del sector estudiantil de grado, otrora el afluyente combativo de los movimientos universitarios, parece haber reducido sus demandas, puestas en clave de un discurso político añejo, a reivindicaciones materiales elementales —asistencia alimentaria, becas para su subsistencia, transporte, pasantías rentadas— y a reivindicaciones de mayor facilidades académicas de cursado y evaluaciones que impactan sobre la calidad, deteriorándola, de la trasmisión y la formación.

Resulta muy difícil debatir con los estudiantes cuestiones profundas, políticas y éticas, como asumir la responsabilidad social y académica que se derivaría del privilegio de la gratuidad de sus estudios universitarios —cuyo título profesional es generalmente disfrutado de manera privada— en una sociedad como la Argentina con altos índices de pobreza y de necesidades educativas básicas de una gran mayoría de población no cubiertas por el sistema educativo, entre otras causas, por insuficiencia de inversión económica.

En el discurso docente, los profesores están molestos y desorientados por lo que entienden es el desinterés por los programas y los conocimientos enseñados que suele ser interpretado como “la nueva realidad de los jóvenes de apatía”; y no comprenden la contradicción en que los estudiantes parecen estar entre esta apatía, a veces cuestionamientos al valor de lo que se enseña y al modo en que se lo hace, y la lucha casi gremial para obtener esas mejoras materiales y académicas que mencioné antes. Discurso gremial, que también aparece en la Asociación de Docentes e Investigadores de la Universidad de Córdoba que posicionan al gobierno universitario como “la patronal” sin tomar en consideración que sus pares, estudiantes y docentes, cogobiernan la universidad. ¿Es, verdaderamente, una contradicción si la analizamos a luz de las nuevas realidades y los modos de vincularse de los sujetos con las instituciones? Modos de relacionarse con las instituciones públicas que enuncio como “el sujeto de las fracturas sociales, en las fracturas institucionales”.

No tengo espacio en este escrito para describir los diversos indicadores empíricos relevados que dan cuenta de una visión de sí misma de la universidad pública, instalada como representación institucional colectiva, de descontento y desorientación respecto al “que hacer.” Una parte importante de las teorías sobre la universidad, derivadas de teorías sobre la sociedad, retomando los brillantes momentos del siglo XX —como la Reforma del 18— y sobre supuestos muy distintos, trata de oponerse ideológicamente a esta tendencia reinstalando la política y el Estado como centro de control, éticamente responsabilizados de la educación superior pública; y no sólo como una política de desarrollo científico, técnico y cultural, sino como una política de inclusión social.

Ambas metas en nuestro actual sistema universitario estatal, producir desarrollo científico, técnico, y de formación profesional acorde a las necesidades de la producción social y la de asegurar el acceso irrestricto y la gratuidad, como vía de inclusión social a poblaciones de jóvenes cada vez más numerosas, heterogéneas y diversas, podría estar haciendo atascar y fracturar el funcionamiento institucional de nuestra universidad pública. Si bien una nueva gestión con nuevas propuestas ha despertado expectativas y esperanzas de soluciones a los problemas y cambios sustantivos – por primera vez en más de tres siglos la Universidad de Córdoba estará conducida por una filósofa mujer y secundada por un académico de la ciencias químicas – los conflictos estallan cada día y la percepción es que no se logra superar ese estado vivencial de malestar y melancolía por el pasado.

Por cierto, estas observaciones tienen carácter de hipótesis y para mostrar como desde el modelo organizacional sistémico, de fundamento positivista de otra época, no se logra detener procesos de fractura y descomposición. Por ejemplo, el supuesto y la creencia de que logrando más y más recursos materiales —la lucha contra los sucesivos gobiernos nacionales por un “incremento de presupuesto” es ya un emblema que convoca y une a todos, quizás lo único— habilitará la resolución de los problemas, constituye un anclaje

en el supuesto de que la dimensión económica es absolutamente determinante del funcionamiento y la dinámica institucional. Sin desconocer su importancia, es llamativo como las sucesivas mejoras en los salarios, en los edificios y los equipamientos no se manifiesta en cambios en los climas institucionales y en los vínculos con el trabajo.

Es como si las expectativas y demandas de los sujetos estuvieran siempre más avanzadas que los recursos y las condiciones que se logran. Los indicadores objetivos le hablan de mejoras, sin duda, relativas a las condiciones generales del conjunto de la sociedad y de los trabajadores, pero, desde su percepción subjetiva no; le habla de insatisfacción y descontento, cuando no de discriminación y desvalorización. Podría quedar allí, como algo emocional no razonable, si no fuera porque atraviesa sus relaciones con la institución, con sus pares y con la enseñanza y con la investigación.

Otros Conceptos

Sin pretensión de configurar un modelo de análisis, corresponde que aclaremos, en una muy apretada síntesis, la perspectiva teórica en base a la cual estudiamos las instituciones educativas y da soporte a las estrategias para intervenir en su transformación. El supuesto básico es que las instituciones del campo de la educación tienen una naturaleza específica que se necesita reconocer para poder pensarlas, comprenderlas e intervenir en ellas. Es posible que dado esta especificidad, nos resulte difícil, y a veces frustrante, usar conceptos y teorías que, nacidas en otros campos —por ejemplo el de las empresas— nos dan resultados magros, insignificantes y poco útiles para dar cuenta de las tendencias de cambio en vistas al futuro.

La estructura conceptual se inscribe en un cuerpo de conocimientos acumulados en la convergencia de múltiples líneas de producción teórica y prácticas de intervención que denominamos “Análisis Institucional”. Concebimos a las instituciones educativas como formaciones sociales, culturales y psíquicas. Por su parte, las organizaciones concretas en las que se corporizan múltiples instituciones, sociales, culturales, familiares, económicas, políticas, religiosas, jurídicas —nos enriquece el análisis pensar la escuela, y más aun la universidad, como “institución de instituciones”— constituyen productos sociales e históricos; que asumen diferentes formas, contenidos y sentidos, según el contexto local que las contiene y las historias particulares a las que anuda los distintos momentos de su constitución.

Para su estudio, se necesita poner en juego de análisis distintas instancias —la instancia del sujeto, la instancia institucional en sí e interinstitucional y la instancia social— que se entretajan en la producción de sus dinámicas. Todas ellas, atravesadas transversalmente por la historia e historización que marcan procesos y acontecimientos decisivos de su lugar, su sentido y problemática en el presente.

Concebimos, además, a las instituciones educativas como “instituciones de existencia”. Es decir, como aquellas instituciones en las que, a diferencia de las instituciones de producción material y de servicios, se reproducen las fuerzas vivas de la sociedad en su condición humana. En cuya urdiembre se constituye el individuo como sujeto: sujeto epistémico, sujeto social, sujeto de cultura y sujeto psíquico; y en cuyo seno se despliegan procesos fundamentales en la formación del lazo social, de la alteridad y la acción común. En consecuencia, con estos principios del fundamento, la producción y el trabajo en estas instituciones es “trabajo inmaterial”; producción, reproducción y transmisión de símbolos. Se ofrecen como productoras de subjetividad. Sujetos que producen sujetos. De estas características se desprende la fuerte

pregnancia de la subjetividad e intersubjetividad de las relaciones y vínculos en los funcionamientos institucionales y como componentes insoslayables para que las tareas primarias de las mismas, puedan tener lugar y desarrollarse.

Por último, en estas breves aclaraciones, decimos que la naturaleza más esencial de las instituciones del campo de la educación es lo simbólico. La acción institucional, como todo comportamiento social, no es comprensible fuera de la red simbólica que lo genera y de universo imaginario que ella misma engendra. Es más, las instituciones educativas tienen en la dimensión simbólica una doble inscripción. Se generan en el campo simbólico social y tienen, o tenían, respecto a la sociedad un lugar privilegiado en la transmisión, reproducción y creación social y cultural.

Esta sobre dimensión de lo simbólico no significa que desestimemos la dimensión material. En realidad, las instituciones educativas como configuraciones de prácticas son, simultáneamente materiales y simbólicas y ambas tienen carácter estructurante. La importancia de las construcciones simbólicas que dominan en un campo institucional, que se enmarcan en el ámbito cultural de una época, constituyen los principios del fundamento de su existencia como institución y del que se derivan supuestos, criterios y formas de organización y funcionamiento; y que estarían disponibles para que los sujetos construyan prácticas e instituciones singulares en base a ellos. ¿Será que estas construcciones simbólicas, respecto al sujeto en general y los jóvenes en especial han sufrido una transformación radical —ideas, significados, derechos, sexualidad, educación, relación entre las generaciones, identificaciones, entre muchos otras— mientras las prácticas materiales e instrumentales en las instituciones universitarias se corresponden a otra época?

Por otra parte, las instituciones educativas, y las universitarias más aún, son netamente culturales en tanto “instituciones de conocimiento”, donde los procesos intelectuales de cognición son función y materia de su hacer principal. De acuerdo a los supuestos que le dan origen, estas instituciones deberían producir conocimientos, transmitir conocimientos, enseñar esquemas básicos y herramientas intelectuales apropiadas para una cognición inteligente y productiva. En términos ideales de este hacer principal se derivarían los sentidos que determinan la lógica de su producción como institución. ¿Permanece este sentido como valor y emblema convocantes para las mayorías que presionan por ingresar y luego se desgranar en el abandono o el fracaso?

El Sujeto de las Rupturas Sociales

Hoy, ponerle conceptos a las relaciones y vínculos de los sujetos con las instituciones educativas — las instituciones que durante todo el siglo XX hegemonizaron y homogeneizaron su educación y escolarización— es hablar de sujetos que brotaron en las rupturas que múltiples crisis pusieron en escena.

Al menos, lo es para Argentina donde, transcurridos cinco años del estallido de la crisis política de fines del 2001 y encauzadas por la gobernabilidad la dimensión económica y política, la crisis social se encuentra en su fase más activa, fracturando y descomponiendo el tejido social, arrojando excluidos a las arenas, pobres al desamparo. Impactando, también, en las instituciones públicas que, como las universidades, fueron verdaderos organizadores sociales y culturales de la sociedad y de la vida cotidiana de la gente.

En este contexto, universidad y crisis social es una relación compleja con múltiples aristas; difícil de analizar por lo que dije antes, la crisis social se encuentra en su fase más activa y virulenta. La universidad, a simple vista, muestra una debilidad institucional para resolver las nuevas demandas de los, también, nuevos sujetos que las transformaciones estructurales, y la misma crisis, colocan a sus puertas. En particular, su mundo interno; los indicadores de descomposición de sus organizadores fundamentales que hacen posible los procesos de trabajo y las condiciones y posicionamientos de sus actores, docentes, estudiantes, personal no docente, para hacer frente a los múltiples reclamos que la crisis plantea, con algo más que sus propias demandas individuales de necesidades e intereses.

En una primera etapa, la relación entre educación, universidad y la cuestión social fue vivida y pensada solo por referencia a la pobreza y a la exclusión; al carácter de irrupción violenta y generalizada — se extiende a amplias franjas de las clases medias, habitantes mayoritarios de las universidades públicas, dando origen a la categoría de “nuevos pobres”— a su materialización en carencias, privaciones y deprivaciones múltiples y al impacto disruptivo sobre la constitución subjetiva. Carencias que, también alcanzan a las universidades, segmentando el sistema universitario nacional en inocultables desigualdades. Entre las universidades privadas y las estatales; en el conjunto de éstas entre las ancianas mega universidades, las nuevas, creadas en la década del 90 con otro fundamento, encuadre y organización y las universidades públicas de provincias alejadas de los centros académicos dominantes.

¿Podemos adscribir sólo a la idea de que los nuevos sujetos se originan alumbrados por las crisis, sean políticas, económicas o sociales? ¿No estaremos constituyendo una cultura de la crisis con rango de orden simbólico que determina su constitución? Si así fuera, me temo que estaríamos produciendo una pseudo racionalidad que enmascara complejas transformaciones estructurales de larga data.

Por ejemplo, los procesos de urbanización en el mundo que concentra en las ciudades realidades culturales, étnicas, de identidades y modos de vivir, pensar y hacer sumamente diversas y que la homogeneidad afirmada e impuesta por los Estados a lo largo de la historia no dejaba expresarse en los escenarios públicos. Debilitados e impugnados los mecanismos burocráticos que imponían y controlaban con un patrón de normalización cultural las diferencias culturales regionales y locales, las tradiciones y formas específicas de vida que coexistían en las grandes ciudades, ahora tienen visibilidad; con tensiones y conflictos y hasta con violencia. Por cierto, las instituciones educativas oficiales han sido uno de los dispositivos más eficaces para imponer esta normalización homogeneizante. Pero, ahora tiene que vérselas con la diversidad y el multiculturalismo y las tensiones y rupturas que ello suscita. En rigor de verdad, tienen que vérselas con los sujetos portadores de esta diversidad y con sus luchas para ser reconocidos e incluidos.

Hay quienes centran la causalidad en la globalización, considerada un requisito para la consolidación y difusión del nuevo patrón de desarrollo o nuevo paradigma tecno-productivo que necesita, inexorablemente, la creación de un espacio único de escala mundial para sus operaciones. (Costa-Filho, 1966)⁶. Esto plantea fracturas entre esta configuración de un “espacio único mundial”, apoyado por fuerzas técnicas y políticas, donde se toman las decisiones, y los “territorios”, regional, nacional o local, donde se

⁶ Costa-Filho, A. *Globalização e Políticas Regionais Nacionais na América Latina*. FKA. Brasília. 1996.

asientan las instituciones y la vida concreta de la gente y donde se deben dar las respuestas a las necesidades y problemas cuyo origen está en los centros mundiales de decisión. (Bauman, Z. 2005)⁷

Tenemos posturas más extremas respecto al origen de los nuevos sujetos y sus características. Para Alain Touraine (2005)⁸ el universo que hemos denominado “social” habría caído y con ello la ruptura de todos los lazos sociales y el triunfo de un individualismo desorganizador. Esta caída, habría arrastrado con ella el valor de las categorías de análisis con que miramos e interpretamos la sociedad; desde las clases sociales y los movimientos sociales hasta las instituciones como agentes de socialización. “La desaparición de las sociedades como sistemas integrados y portadores de un sentido general, nos coloca ante un mundo de realismo absoluto que expulsa fuera del campo social todo lo que le es extraño: la guerra y todas las formas de violencia, los accesos de irracionalismo, la crisis de los individuos sobrecargados de problemas para cuya solución no encuentran ya ninguna ayuda en las instituciones, ni civiles, ni jurídicas, ni religiosas”.

Sin intención de polemizar, esta visión del mundo de “realismo absoluto” así como la caída de lo social en términos de producción de significados e interpretación, deja afuera al sujeto en su condición de “sujeto simbolizante”, aprisionado en la barbarie de sus necesidades e impulsos más primarios, impedido de pensar, proyectar y proyectarse. Somos los humanos quienes creamos, reproducimos y transformamos las instituciones o las reemplazamos por otras formaciones; aunque en nuestra experiencia con ellas sintamos y creamos lo contrario; que son las instituciones las que nos determinan absolutamente, nos constriñen, nos aprisionan. Es verdad, que en las grandes e históricas instituciones se produce un proceso de enajenación y hasta de extranjería. Pero no es igual para todos. Hay quienes piensan que la institución les pertenece, “que son la institución” y que pueden usarla a su antojo.

Volviendo a nuestro pequeño mundo, a los contextos concretos donde surgen y operan las instituciones, no vamos a negar que nuestras instituciones educativas, también las universidades públicas, están sacudidas por crisis propias y de los contextos en que operan. Pero, en búsqueda de causas, no vamos a enfrentar la “crisis social” Vs. la “crisis del sujeto”. Hay procesos propiamente institucionales e interinstitucionales que, al estar fracturados, producen tanta desorganización y debilitamiento o rigidez y burocratización que no les posibilita generar los cambios que se requieren para enfrentar las crisis, tanto del contexto como de los sujetos.

Rupturas Simbólicas

Al analizar la crisis social en relación a la crisis institucional de las escuelas públicas en Argentina, postulamos las hipótesis de que, en la médula de la crisis institucional había una “crisis simbólica”. Me refiero a las rupturas en la capacidad y eficacia de la institución para constituirse en fuente de sentido; para que los sujetos deseen pertenecer e identificarse con ella; para que crean y confíen en sus promesas y

⁷ **Bauman, Z.** *Confianza y Temor en la Ciudad*. Arcadia. Barcelona. 2005

⁸ **Touraine, A.** *Un Nuevo Paradigma*. Paidós. Buenos Aires. 2005

ofertas, en la justicia de sus prácticas y la validez de sus saberes, más allá de todos los malestares que la vida institucional podría producir.⁹

Esta crisis simbólica, tiene un registro bifronte. Una pérdida de lugar como organizador social, que se evidencia en cuestionamientos de sus prácticas y resultados y una pérdida de confianza en sus docentes. Por su parte, la institución se retrae muros adentro, se defiende. Se ve a sí misma como victimizada por la sociedad, sin acertar con nuevos rumbos, con nuevos sentidos que la reubiquen como institución social. El otro registro, remite a la crisis simbólica como institución educativa que ha perdido la hegemonía absoluta, que tuvo en la modernidad, como modelo de formación humana. Otras instituciones, otros espacios, otras prácticas, resultan hoy, para los niños, adolescentes y jóvenes, más atractivas y pertinentes para su formación.

Quizás, sería más apropiado hablar de rupturas en los órdenes simbólicos institucionales que de crisis, en vistas a que estamos analizando la instancia del sujeto. En cambio, desde este enfoque, los procesos de crisis enfrentan a las instituciones con su contexto, con la sociedad. Afecta a las funciones, la capacidad y posibilidad de proyectar hacia el futuro y hasta los propios fundamentos institucionales.

A continuación voy a mostrar dos rupturas entre los sujetos y los ordenes simbólicos de las instituciones educativas. Una tiene que ver con la pérdida de poder y eficacia para imponer a los individuos un sistema único de pensamiento que opere como racionalidad legítima de las categorías clasificatorias a las que lo somete para poder pertenecer, permanecer, tener éxito e investirse de la identidad apropiada para ser, verdaderamente, incluido como igual en una comunidad académica de pares; tener la posibilidad de ser elegido y heredero.

En el ideario institucional se admite este sistema categorial, pero se lo considera “un orden del saber” científicamente fundado y democráticamente aplicado. Muchísimos, miles de sujetos en la universidad, los que lograron permanecer como los que se fueron, estudiantes o docentes, son víctimas de este orden del saber, sus discursos, sus enunciados que institucionalizan maneras de percibir, describir, caracterizar y clasificar a los sujetos en base a una razón ordenadora. ¿Por qué hablar de ruptura? Porque los sujetos involucrados se resisten de muchas formas, incluso con violencia, luchan, persisten; porque va cediendo, aunque lentamente, la impunidad en nuestra sociedad; porque los medios de comunicación hacen público los que antes pertenecía a los “secretos institucionales”.

Otra de las rupturas, en el vínculo de los sujetos con la institución universitaria, se produce por la pérdida de convocatoria de la “universidad como comunidad identificante” dominante. Un sentido de identidad fuerte, puede ser un poderoso incentivo para hacer que la vida y el trabajo de todos sus miembros sean más eficaces y satisfactorios. En aquellas instituciones educativas donde se da una identificación fuerte con el proyecto, los emblemas y la cultura institucional, se está mejor equipado para hacer frente a los impactos críticos del contexto; el sentido de pertenencia, derivado de la identificación, opera como un recurso valioso, como un capital institucional. (Sen, A. 2007)¹⁰

⁹ **Garay, L.** “Crisis Social y Crisis Institucional en las Escuelas Públicas de Argentina”. Ponencia publicada por el VIII Congreso Institucional de Organizaciones Escolares. 2004 en Sevilla, España. También en, Sujetos, Instituciones Educativas, Futuro. Conferencias. Editorial del Congreso Nacional e Internacional de Educación “Alejandro Carbó”.2003.

¹⁰ **Sen, Amartya.** *Identidad y Violencia.* Katz Editorial. Argentina. 2007

Pareciera que para lograr identidades fuertes tiene que haber una exigencia de singularismo y restrictivos criterios de acceso y pertenencia; ambos pueden obrar como mecanismos de exclusión respecto a sujetos que provienen de culturas distintas y contextos sociales diversos. He registrado observaciones donde estas identidades fuertes y restrictivas han generado dentro de la institución y en el contexto una representación, no buscada, de elitismo; que termina por generar conflictos y empobrecerla; y hasta activos enfrentamientos con los “otros no iguales” o uniones defensivas de “los de adentro” en contra de “los de afuera”.

Un cambio radical del sujeto en los tiempos que corren, en contacto con lenguajes, culturas y experiencias de vida tan diversas, es un rechazo a tener y ser visto con una “identidad única” y la demanda de libertad para pertenecer, simultáneamente, a diferentes grupos o colectividades y asumir todas las identidades que esa pertenencia le confiere. Otra demanda es la libertad para elegir sus diferentes filiaciones y asociaciones y para determinar sus lealtades y prioridades y para fundar las razones para valorarlas y defenderlas.

En base a estas transformaciones pertenecer a la universidad, “ser universitario” puede no ser una prioridad como comunidad de filiación ni referente de identificación. Se dan situaciones, que parecen contradictorias, de actores que pertenecen y se identifican con grupos internos, académicos o políticos, con fuerza y lealtad, pero rechazan y enfrentan a la universidad como institución. ¿Estará aún el ideario y el pensamiento sobre sí misma de la universidad, demandando identificaciones únicas y asignadas e impuestas a los sujetos como condiciones para pertenecer e integrarse?

En el discurso de los estudiantes, tanto de grado como de postgrado, se deja entrever un cambio en el valor y significación del tránsito por la universidad. La meta de alcanzar una formación integral, y no sólo profesional que, al menos en Argentina, fue dominante hasta fines de la década de los setenta del siglo XX, estaría siendo desplazada por una “necesidad de urgencia” de alcanzar acreditaciones y titulaciones. La participación de los estudiantes en experiencias formativas no disciplinares —política en los centros de estudiantes, social en los programas de voluntariado solidario, artísticas y deportivas que carecen de acreditación en los planes de estudio— es minoritaria y agónica.

En esto se deja sentir la influencia del mercado. Debemos reconocer que el mercado es, también una institución social que crea cultura como fuente de significaciones y valoraciones. Por su parte, el patrón tecno-productivo del capitalismo actual tiene como una de sus bases, estrategias intensivas de innovaciones —de productos, de procesos, de procedimientos, de recursos, de organización— y de ciclos cortos que hace imprescindible la renovación de la formación, la capacitación y la investigación. Desde esta lógica se presiona a las universidades y a sus actores.

Los Sujetos en el Trabajo

A continuación, mostraré a modo de viñetas, rupturas que los sujetos introducen en la valoración de las normas y el trabajo. Podríamos sintetizarlas como la confrontación entre “sí mismo para sí Vs. “sistema-institución”.

Si algo caracteriza la conmoción de la modernidad es la caída del valor del “deber social”. Las expresiones, ante un llamado desde lo social, “tengo que hacerlo”, “es un deber”, “no voy a esperar que me lo ordenen”, daban cuenta de la instalación en las mentalidades, de los valores y de las normas sociales.

Estos valores y su poder imperativo parecen haber sufrido una historia de agotamiento. (Lipovetsky, G. 1994)¹¹. Desde la visión del sujeto un descreimiento sobre la autenticidad de tales necesidades y de quienes se benefician de ellas.

En esa fractura aparece, nuevamente, el reclamo a decidir; si quiere o no quiere aceptar hacer y cooperar. Reclamo que se instala fundado en el derecho a ser tratado como sujeto con capacidad y responsabilidad para decidir el curso de sus acciones. Enfrentando esta demanda de los individuos fundada en el “derecho subjetivo”, aparece el “derecho de la institución” fundado, al menos en sus orígenes, en la necesidad y el bien de un conjunto o colectivo, respecto al cual la institución obraría como intermediaria de organización, gestión y administración; también en los supuestos de bien común, equidad de distribución y justicia de administración.

Pero aquí se produce un desplazamiento inocultable a la experiencia vivida de los sujetos.; de las normas, basadas igualitariamente en el bien común de todos, a las normas para defender la institución en sí misma y su continuidad; cuando no de los intereses particulares de grupos corporativos en detrimento de todos o de unos grupos corporativos en lucha contra otros grupos corporativos. El sujeto y sus derechos individuales, generalmente en las posiciones institucionales más básicas, vivencia que ha sido desplazado y siente esto como una violentación. La consecuencia de ello, lo absuelve del deber social que se instrumenta como deber institucional y lo justifica a “pensar primero en sí mismo”.

Lo dicho surge del análisis de registros de microconflictos de confrontación en varias unidades académicas de la universidad. Son los directores, en términos de representantes de la ley y las normas, los que las administran y controlan su cumplimiento, en quienes se dramatizan estas confrontaciones. En entrevistas con directores de departamentos y decanos de facultades, y siendo su posición surgida de la elección de sus pares, transmiten una experiencia de frustración y desgaste, por verse obligados a resolver pequeños conflictos originados en demandas personales, en desmedro de gestionar los proyectos de cambio por lo que, supuestamente, fueron elegidos; lo representan como “reivindicacionismo individualista”.

Algunos intentos de teorización sobre los nuevos sujetos lo plantean como acciones post-políticas; donde la política en occidente es equivalente a política pública del Estado, coincidente con la parábola del Estado de Bienestar. De este modo, lo post político sería una politización diferente de la sociedad, como lo que deviene después de la crisis del Estado de Bienestar y de una interpretación hipersensible de esto como la forma tradicional de la política; como un recorrido ya experimentado, agotado, consumado. Lo que no obsta, que el individuo pueda encontrar formas puntuales de acuerdo con la política institucional. Fractura política que deja entrever un nuevo discurso de “volver sobre la política” con exigencias de nuevas interrelaciones entre las lógicas ambientales y existenciales de los sujetos, las instituciones y las metas de alcanzar democracias sociales.

Esta confrontación entre el derecho individual de base subjetiva y el derecho institucional en representación del derecho de la sociedad, fractura el vínculo entre el actor y el sistema; ya que el sentido de la norma para la institución no se corresponde al que tiene para el actor. No se trataría de un doble sentido o doble discurso —en términos de que en un plano el discurso afirma lo que en otro plano niega— sino un discurso superpuesto en menor o mayor confrontación. Estos sentidos contrapuestos, en “lucha

¹¹ Lipovetsky, G. *El Crepúsculo del Deber*. Editorial Anagrama. Barcelona 1994

simbólica”, se observan en algo que es central para la supervivencia de los individuos como para la reproducción y el desarrollo social, el sentido y la organización del trabajo.

Una supuesta pérdida del sentido del trabajo, ha llevado a muchos analistas a hablar del fin del trabajo. Probablemente este discurso sea válido para las sociedades europeas. Para nosotros, en Latinoamérica, nuestra vida está, hoy más que antes, dominada por el problema de la sobrevivencia. En Europa, la disminución del tiempo de trabajo es real y es probable que se esté viviendo como una experiencia liberadora. Para nosotros es lo contrario. La crisis recesiva del mercado de empleo, con el consecuente desempleo, subempleo y sobreempleo; con bajos salarios, flexibilización técnica y laboral, malas condiciones de trabajo y empleo en negro, hace del trabajo, a la vez, algo vital y dramático.

Pero esto no es igual, aún dentro de la universidad, para todas las categorías de académicos, profesionales y técnicos. Las categorías superiores de investigadores, académicos y especialistas se encuentran protegidos por sus aptitudes, por la carrera desarrollada, por sus éxitos como investigadores; algo que lograron por sí mismos y no por su pertenencia a la universidad. Saben, también, que la continuidad de su desarrollo y la mejora de sus ingresos no depende sólo de la institución; de modo que apuntan con proyectos, contactos y búsqueda de financiamientos al mercado académico internacional. En cierto punto, da lo mismo en qué universidad se trabaje, han cancelado sus lealtades y no les importa desplazarse o emigrar.

Esto se instala como un modelo deseable para muchos; y Argentina lo sabe muy bien porque las olas emigratorias están integradas, principalmente, por profesionales, científicos y especialistas. Emigran de universidades estatales a privadas. Ya no es la universidad la que prestigia al académico, sino éste a la universidad. La oferta de postgrado se vende según los académicos que integran sus planteles.

Los cuadros intermedios y los de abajo tienen una realidad muy diferente. Su problemática, más allá del salario, es la continuidad y estabilidad. Nudo gordiano del debate para instalar la carrera docente cuyo proyecto propone el concurso de antecedentes y oposición para ingresar a la carrera y ascender a una categoría superior, pero la evaluación periódica a cargo de un comité de pares – que incluye, además de los títulos, la investigación y las publicaciones el desempeño en la enseñanza, las relaciones con los estudiantes y el cumplimiento de todas las obligaciones laborales – en reemplazo de actual sistema de ingreso, ascensos y renovación sólo por concursos abiertos y públicos cada siete años, que lleva, en la práctica, a la posibilidad de perder el cargo. Este sistema – que surgió de la Reforma Universitaria del 18 – está atascado por la ola de impugnaciones, tanto a los tribunales evaluadores como a sus dictámenes.

El debate y la confrontación está planteado en términos antinómicos. Concursos = a calidad, carrera docente = a estabilidad con riesgos de la calidad. La mayoría de los cuadros intermedios, aboga por la estabilidad, porque permitiría neutralizar la competencia individual. Pero unos y otros, asientan sus visiones y discursos en sí mismos y no en lo mejor para la institución. Y sobre todo, en abrir la posibilidad de trabajo colectivo; un escenario que permite la constitución de la acción colectiva como acción política.

El trabajo docente es, en su más esencial naturaleza, colectivo. El trabajo inmaterial de formación, cuyo producto es el graduado, es el resultado del trabajo acumulado de numerosos docentes a los largo de varios años de trayecto. Pensado desde el producto, el graduado, no es posible reconocer qué porción de trabajo – enseñanza - formación corresponde individualmente a cada docente. En consecuencia, en esencia, el trabajo educativo es colectivo. Sólo que el capitalismo lo invierte y lo convierte en trabajo

individual y de trincheras, segmentado, encapsulado. La exaltación de los significados del trabajo como para sí, viene a reforzar este fenómeno estructural de las instituciones educativas.

Desde mi visión la fractura institucional más profunda, a la vez oculta, es la expropiación de la naturaleza colectiva del trabajo en educación y su conversión en trabajo individual. Para que los sujetos puedan construir, o reconstruir, acción colectiva, se necesita que puedan desplegar una acción común con otro/otros. Necesita de un espacio y un tiempo común para construir un lazo, de un pensamiento y significado común y de un sentimiento de confianza mutua. ¿En qué espacio mejor que en el trabajo es posible que se den estas condiciones para generar acción colectiva? ¿Acaso las rupturas de los lazos sociales y sus violentas consecuencias no se dan en simultáneo con la desocupación generalizada? Mi idea es que para impulsar la acción colectiva necesitamos intervenir analíticamente en las relaciones y vínculos de los sujetos con el trabajo, para restituirle su sentido de “fuente de lazos” y su potencial creativo y político.

Para finalizar este breve análisis, es indispensable traer a la escena la revolución tecnológica en el tema de la información cuyos efectos en la relación entre el sujeto y el trabajo y en la organización del mismo, son visibles; introducen cambios culturales, sociales y subjetivos y cuyas consecuencias producen expectativas. Los sistemas de información introducen una revolución en las relaciones sociales entre los actores, independientes de su posición social, su lugar en la jerarquía de la organización del trabajo y del control de las instituciones a que pertenecen. En la investigación diagnóstica sobre conflictos en las instituciones educativas se hizo evidente no sólo el papel de los medios de comunicación, que colocan en el espacio público conflictos de los sujetos con las instituciones que antes se manejaban con los dispositivos burocráticos de poder jerárquico interno tales como la discriminación y el acoso sexual y moral, sino que los actores pueden, y de hecho lo realizan, establecer redes de comunicación, toma de decisiones y movilización, enfrentando el orden institucional, por fuera de la misma e independiente de su control. Se trata de una forma nueva de acción colectiva que, aunque hoy la dominan las motivaciones particulares de los sujetos, pueden desplegarse en función de necesidades y metas colectivas; de allí su potencial como dispositivo de intervención institucional transformador.

A Modo de Cierre. Desafíos Instituyentes

Sujetos de las rupturas y, también, en las fracturas. El sujeto enfrentando la complejidad de la organización universitaria, necesitando entender para dar respuestas; la mayor parte de las veces con conceptos de un paradigma de la simplicidad. Realidad compleja, sujetos perplejos.

Tiene que decidir. Descubre que los saberes disciplinares que produce y enseña —que antes le bastaban para derivar los criterios de sus prácticas académicas e institucionales— no le son suficientes para comprender y actuar en un microcosmo poblado de desconocidos. Si no conocemos, sospechamos, tememos y generamos hostilidad como mecanismo de defensa. La universidad se estudia muy poco a sí misma; casi nada respecto a su mundo interno y a los sujetos que la sostienen. Una paradoja en las universidades estatales donde los sujetos son, a veces el único, capital con que cuenta.

Desafíos supone, ante todo, lo concreto hacia lo que se tiende, hacia lo que responde la intención de hacer hoy, en perspectiva de futuro; y esta intención es política. Como lo es, también, la producción de sentido que convoca y sostiene en los proyectos, con impregnaciones utópicas, la intención y los sentidos de la acción que deberán volverse poder instituyente. Los desafíos, en término de todos estos componentes

políticos, incluye, necesariamente, el saber que permite pensarlos y comprenderlos. El desafío es, en consecuencia, el momento en que la acción de uno o de muchos se forma y adquiere consistencia para enfrentar un problema nuevo de envergadura radical.

Porque de eso se trata. Un grupo que se autoafirma da nacimiento a un poder político y, en relación a lo dicho anteriormente, la noción de desafío permite entender el poder en su génesis extra institucional, aunque hubiera surgido dentro de sus paredes; es decir en aquella dimensión del poder constituyente en el plano mismo de la experiencia vivida, lo existencial; en el momento en que se actúa colectivamente para existir como poder instituyente. ¿Qué es esta dimensión de la política como existencial, como lo más concreto surgido del sujeto? Es aquello que no es pensado aún o no está aprisionado por los conceptos y saberes instituidos: lo impensado, el exceso, la irrupción, la excepción, la carencia, la descomposición, el hundimiento o la catástrofe.

En síntesis, es el momento en que una vieja forma se inquieta, se descompone, se violenta y abre el desafío de generar nuevas. El desafío hace nacer y orienta una doble acción movilizadora. Una como excepción que postula la búsqueda de una nueva normalidad; la otra, una acción que se postula como centro que señala por sí, el nuevo horizonte del sentido, la búsqueda de un nuevo fin, un nuevo objetivo de la acción de poder y de la acción de pensar y entender.

Decía Deodoro Roca, un sujeto sustantivo del Movimiento Universitario de 1918 en Córdoba: “En la Universidad está el secreto de la futura transformación. Ir a nuestras universidades a vivir, no a pasar por ellas...Probablemente la organización de los pueblos se realizará conforme al tipo de una cierta Universidad, que todavía no hemos delineado, pero al que se aproximan mucho las universidades americanas...; es necesario ponerse en contacto con el dolor y la esperanza del pueblo, ya sea abriéndole las puertas de la Universidad o desbordándola sobre él. Así, el espíritu de la nación lo hará el espíritu de la Universidad...en las “fraternidades” de la futura república universitaria...Naturalmente la Universidad con que soñamos no podrá estar en las ciudades. Sin embargo, acaso todas las ciudades del mundo sean universitaria”.¹²

Este estrato de sus escritos, que resulta totalmente fuera de esta época, tiene el poder de señalarnos que la transformación es un producto de las ideas, una invención de la inteligencia y del conocimiento, del sujeto en la Universidad misma.

¹² **Tatián, D.** En Deodoro Roca. Escritos sobre la Universidad. Universidad Nacional de Córdoba. 2007.